

Homo loquens, homo virtualis

En la primera parte de este trabajo se analizan los efectos cognitivos de las nuevas formas de comunicación juvenil sobre las actividades intelectuales de la lectura y la escritura. La segunda parte estudia la influencia de las redes sociales (especialmente el proceso de elección del nombre o *nick*) en la creación de la identidad personal.

Palabras clave: inteligencia simultánea, visión alfabética, lectura hipertextual, apodos (nicks), falsa extimidad.

WINDOWS 98

Antes del fax, del modem y el e-mail
la vergüenza era sólo artesanal,
la mecha se encendía con un fósforo
y uno escribía cartas como bulas.

Antes los besos iban a tu boca,
hoy obedecen a una tecla send.
Mi corazón se acurruca en su software
y el mouse sale a buscar el disparate.

Cuando me enamoraba de una Venus
mis sentimientos no eran informáticos,
pero ahora debo pedir permiso
hasta para escribir con el news gothic.

Te urjo amor que cambies de formato.
Prefiero recibirte en times new roman
mas nada es comparable a aquel desnudo
que era tu signo en tiempos de la Remington.
Mario Benedetti

1. Homo-tecno

Hay palabras y procedimientos lingüísticos que identifican perfectamente una época y pasan a la memoria colectiva como un recordatorio-etiqueta de lo que hemos vivido, o apuntan tímidos caminos por los que discurrirá nuestra historia futura. Tal es el caso del vértigo léxico que el prefijo *tecno-* ha provocado en nuestra apacible vida analógica: degustamos tecnoarte, bailamos al son de la tecnomúsica o sucumbimos ante la pujanza de la tecnociencia. Fóbicos o filícos, somos tecnohumanos habitantes de la tecnología que nos habita y nos ha convertido, a su vez, en apéndices, dependientes o ignorantes ilusos, minúsculos enlaces o barrios desiertos de la aldea global en que se ha convertido el mundo.

Porque nadie duda ya del impacto (en su sentido recto de 'golpe o choque') de la tecnología en el orden socio-económico, aunque la celeridad con que se ha instalado en nuestras vidas impide que seamos plenamente conscientes de los

cambios experimentados en los últimos treinta años. Hemos pasado sin transición aparente de una etapa de producción y consumo de bienes materiales a otra de servicios, información y producción de conocimiento. Saber es poder, pero también riqueza, lo que ha desencadenado un significativo desplazamiento semántico del concepto de 'analfabetismo' para designar a aquellos que se van quedando fuera del poder de los nuevos medios tecnológicos, aparcados o sumidos en una "brecha digital", frontera tenue entre países y abismo entre generaciones. Todos somos habitantes del mundo, pero no todos alcanzamos el estatus de ciudadano en la nueva *polis*. La gerontocracia está obsoleta y son ellos, los antiguos depositarios del saber, quienes han de tecnoiniciarse por las manos de otros en las transitadas autopistas del comercio de la información. Porque no hay un término medio para la virtud, en el medio virtual podemos ser el centro de un universo cada vez más cambiante que fluye y se regenera. Y cada movimiento centrífugo de interconexión desencadena una nueva forma de acercarse a un mundo cuyos valores son tan indeterminados e inestables como los límites de su nuevo lenguaje. Porque ya no hablamos, nos comunicamos, agentes-gestores del verbo (virtual) tan acelerado como efímero. No somos ya eficaces, sino eficientes: una sutil diferencia morfemática marca la transición desde nuestra vieja "capacidad para lograr el efecto que se desea o espera" (la voluntad limitada y aplazada de la eficacia) hasta la "capacidad de disponer para conseguir un efecto determinado" (la rentabilidad inmediata de la eficiencia). No es lo mismo, sin duda alguna. Y otro tanto vale para el "renovarse o morir", una difícil elección que hemos aprendido a sortear mediante la "obsolescencia programada". Como decía Alicia (*Alicia a través del espejo*), "la cuestión es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes". "La cuestión" (y esto lo resume todo, responderá Zanco Panco), "es saber quién manda aquí".

2. Homo videns-homo legens

En el conocidísimo dibujo de las funciones cerebrales que hizo el prehistoriador francés André Leroi-Gourhan (1964-1965), el "homúnculo", se muestra que, en relación con otras partes del cuerpo, el emplazamiento cerebral de la mano y de los órganos relacionados con la articulación verbal es muy amplio, y que entre ambos sectores (mano y fonación) existe una vinculación neurológica estrecha, hecho evidente en el empleo de la gesticulación como apoyo del habla. Ya intuía el filósofo Anaxágoras de Clazomene (s. V a. C) que "el hombre piensa porque tiene manos", que el *homo faber* precedió al *homo sapiens*, aunque no llegó a calibrar que el control de la habilidad manual sería determinante para convertir al ser humano en un ser cultural gracias a sus creaciones técnicas; así como no fue el hombre quien inventó el fuego, sino el control del fuego el que convirtió al primate en hombre, la capacidad de empuñar una piedra para abrir una fruta carecía de significado antropológico hasta que dejó de ser una actividad aleatoria y circunstancial y comenzó a configurarse como un proceso sometido a reglas, no tanto de utilización, sino de fabricación. Esta conciencia del poder manual, más el desarrollo de otras actividades comunales, como la agricultura o la caza (que requieren también planificación y reflexión) favoreció con seguridad el nacimiento de una escritura prefigurativa (35.000 a.C.). Carlo Ginzburg (1989) sostiene que el cazador fue el primero en contar una historia, porque era el único que podía "leer" en el rastro de la presa. A partir de ahí es fácil que el hombre supliera con dibujos la presencia de un animal invisible y que, por analogía, extendiera señales similares para describir situaciones concretas y cotidianas cuyo significado solo podemos imaginar,

pues desconocemos el código (por rudimentario que fuera) en el que se insertan. En cualquier caso, lo que interesa resaltar es que en esta fase pre-textual fonación (oído) y grafismo (vista y tacto) responden a un mismo modelo cognitivo representacional (*aliquid stat pro aliquo*) y, aunque sus vías expresivas son distintas, no se entienden como opuestas, sino como procedimientos cognitivos paralelos, pues nada se interpone entre el conocimiento corporal y su articulación verbal. Mientras la mano, el ojo y la boca funcionaban al unísono (1) para crear e interpretar los signos de las cosas ligados al contexto, trabajábamos con una inteligencia “simultánea” (Simone 2001), un tipo de “saber” que opera sobre datos percibidos al mismo tiempo y sin jerarquía, lo que no implica que sea caótico: pensemos, por ejemplo, que la vista capta imágenes no necesariamente sucesivas y el oído recoge fuentes simultáneas de sonido.

(1)

Del equilibrio y armonía entre estos tres sentidos da cuenta la rica tradición metafórica producida desde la Antigüedad hasta nuestros días: hay “ideas sabrosas” y “pensamientos débiles”, a veces no nos “tragamos” lo que otros dicen, ciertas actitudes nos “saben” mal o “cogemos” de forma satisfactoria las ideas que nos explican adecuadamente.

(2)

No es así en otras culturas: la escritura china, por ejemplo, utiliza signos significativos, trazados en conexión directa de la mano con el pensamiento y con escasa interferencia fonética.

(3)

“La escritura es básica no sólo porque preserva al habla en el tiempo y en el espacio, sino porque transforma al habla mediante la abstracción de sus componentes, por auxiliar el examen hacia atrás, de tal forma que la comunicación por el ojo crea una diferente potencialidad cognitiva para los seres humanos que la comunicación mediante las palabras de la boca”; cfr. Goody (1985: 145).

(4)

Es cierto que escribimos de manera convencional de izquierda a derecha (frente a la escritura bistrofédica, por ejemplo), pero esta disposición espacial incide en nuestra capacidad de observación y de lectura de fenómenos. Si tenemos que trazar una línea oblicua, lo haremos de izquierda a derecha y tenderemos a pensar que “sube”, aunque no haya ningún punto que determine el comienzo. Si trazamos una T en horizontal, entenderemos que la barra superior en intersección con la línea marca “comienzo” si se dibuja a la izquierda y “fin” si se dibuja a la derecha; cfr. Ruiz (1992: 84).

(5)

Cfr. Casagrande & Vecchio (1987).

La invención del alfabeto, cuyos signos no dibujan cosas, sino sonidos, rompió este equilibrio: al considerar el lenguaje como el sistema primordial de comunicación, el sistema gráfico terminó por subordinarse al sistema fonético (2). Aún así, la pérdida de la autonomía del sistema gráfico no sucedió de manera brusca, sino que pasó por sucesivas fases hasta llegar a reproducir el patrón lingüístico; pero, aunque ganó en manejabilidad, economía y versatilidad, acabó por convertirse en un mero sucedáneo de la oralidad. Todavía hoy, la escritura se entiende muchas veces como un mero código sustitutivo(3).

Sin embargo, aunque la invención de la escritura como reflejo del habla difuminó el equilibrio de los sentidos, creó una modalidad sensorial nueva (Simone 2001), la *visión alfabética*, cuyo efecto más inmediato fue modificar la forma de operar sobre los estímulos visuales. La revolución alfabética impuso una interpretación secuencial de los nuevos símbolos visuales, pero sucesivos. Así, a la inteligencia simultánea que había imperado en la fase pre-textual le sucedió una nueva modalidad, la *inteligencia secuencial*, rasgo exclusivo de la incipiente fase textual.

Evidentemente, este tipo de conocimiento es complejo (es fruto de una revolución tecnológica, aunque nuestra familiaridad con la escritura impide que lo veamos así) y requiere un esfuerzo adicional, pues tiene que ser educado y mantenido: piénsese en el esfuerzo que supone domesticar la mano para trazar las primeras letras(4), armonizar las dos sobre el teclado o sostener el formato vertical del libro.

La visión alfabética y la inteligencia secuencial dejaron en un segundo plano la actividad del habla pues, pese a ser un medio específicamente humano, despertaba muchas suspicacias (basta repasar la lista de pecados de la lengua, entre los que se incluyen, por ejemplo, el *multiloquium*, el *vaniloquium*, la *taciturnitas*, el *murmur*, el *maledictum*, el *mendacium*, etc.)(5) y, sobre todo, era evanescente. La escritura y, desde luego, la invención de la imprenta contribuyeron de formas distintas a fijar y a estabilizar las “*verba volant*”.

Además de estas diferencias cognitivas, los textos producidos por cada una de las inteligencias muestran comportamientos semióticos distintos. El primero (y más evidente) es el ritmo: mientras que en el proceso de lectura/escritura está determinado por el propio lector/escritor (el simple acto de pasar o no una página supone un cierto control sobre el ritmo), ante un estímulo visual el espectador está obligado a seguir el que imponen las imágenes. En segundo lugar, mientras que en el proceso de lectura/escritura se emplea solo un sentido, la visión es multisensorial; normalmente el canal visual se apoya en el auditivo, que repite de forma redundante lo que la imagen transmite (aunque esta redundancia, fundamental para asegurar la recepción correcta de la informa-

(6)

La lectura/escritura ya no es colectiva, como lo es la visión, pues es difícil leer mientras se hacen otras cosas que tienen ocupada la vista y otros sentidos (como el oído). Así, podemos decir que “se mira colectivamente, pero se lee en soledad”.

(7)

Afirmaba antes que el formato vertical del libro se explica en relación con las manos; sin embargo, nuestra visión es apaisada (tenemos dos ojos y no uno en medio de la frente) y se vincula con el momento en que el hombre se yergue y alcanza un campo de visión mucho más amplio (horizontal), que es garantía de estabilidad. Este modo de ver (que es prototípico de las imágenes) explicaría la parcelación de un texto en líneas (o en columnas): “En consecuencia, aunque nuestra visión es panorámica, los ojos lectores piden también, al igual que la mano, formatos estrechos”; *cfr.* E. Torné (2001: 159). Esta disposición espacial se registra léxicamente de maneras distintas en el texto tradicional y en el texto electrónico: en el primero decimos “pasar la página” (proceso horizontal) para continuar en la lectura vertical-horizontal; en el segundo, “avanzamos la página” (proceso vertical) para leer, pero en el texto electrónico es mucho más frecuente la ausencia de formato para que la longitud de la línea se acomode al movimiento del ojo.

(8)

La denominación fue acuñada por Theodor H. Nelson en los años sesenta: “Con ‘hipertexto’ me refiero a una escritura no secuencial, a un texto que bifurca, que permite que el lector elija y que se lea mejor en una pantalla interactiva. De acuerdo con la noción popular, se trata de una serie de bloques de texto conectados entre sí por enlaces, que forman diferentes itinerarios para el usuario”; *cfr.* Nelson (1981: 2). Y Barthes (1970: 3) añade: “En este texto ideal, las redes son múltiples y juegan entre ellas sin que ninguna pueda reinar sobre las demás; este texto no es una estructura de significados, es una galaxia de significantes; no tiene comienzo; es reversible; se accede a él a través de múltiples entradas sin que ninguna

ción transmitida, puede en ocasiones desviar la atención y centrarla en un único sentido). En tercer lugar, si el proceso de lectura/escritura se sirve de signos representativos (que refieren a cosas existentes o no), la visión es puramente icónica porque nada se interpone entre el ojo y lo que el ojo ve. Por esta misma razón, podemos decir que la visión favorece el exceso semántico e interpretativo (pensemos en los emoticonos, por ejemplo), de forma que podemos ver y entender imágenes, incluso sin comprender el “discurso” que sustentan, lo que no puede ocurrir en el proceso de lectura. Pero este carácter icónico es justamente el que impide la “citabilidad” de las imágenes frente a la lectura: la razón es que si las imágenes se citan, es inevitable el cambio de código, es decir, la traducción de la imagen a palabras (porque en nuestra cultura occidental, las imágenes son un código subordinado a lo verbal, y no un código independiente, como lo fue en sus orígenes a través del dibujo de la mano). Y precisamente esta no-citabilidad de las imágenes provoca una paradoja sorprendente: el texto escrito se lee en soledad(6), pero si se cita, puede circular culturalmente, pues la convencionalización (la seguridad en la interpretación de los signos) es una garantía de sociabilidad. Sin embargo, pese a que las imágenes son colectivas (sociales), su no-citabilidad (no-narrabilidad) frenaría su carácter convivial (social). Tal vez este impedimento justifique la pobreza léxica y sintáctica atribuida a los jóvenes, acostumbrados a pasar mucho más tiempo delante de estímulos visuales que ante un texto escrito. Tal vez también el exceso visual explique que sus intercambios comunicativos sean auténticas representaciones teatrales plagadas de deicticos y acotaciones en las que ellos mismos se pronominalizan como personajes: “Vale, a ver, y yo me pongo, me pongo, oye, pues tú, vas ahí y se lo sueltas, y va él y se pone, pues a ver, tampoco es para tanto, digo yo, la verdad que no, y va ahí y se pone que no, que no hace falta, y esto que dice, a ver, que yo, ahí, pues que no”.

Ahora, el hecho de que estemos adaptados al texto tradicional y a sus convenciones estructurales no invalida en absoluto nuestra inteligencia simultánea, que sigue activa de manera inconsciente. Es cierto que la visión alfabética nos impone textos lineales y sucesivos articulados en oraciones y párrafos para que la información fluya constantemente añadiendo nuevos datos a los ya conocidos. Pero la comprensión global de un texto no reside en la suma de las unidades jerarquizadas (letras-palabras-oraciones-texto) que componen la información transmitida pues, si así fuera, no alcanzaríamos a interpretar expresiones como *Ni fu ni fa*, por ejemplo. En la coherencia final del texto se activa la inteligencia secuencial que funciona como un marco donde adquieren sentido todas las expresiones. Es decir, si la estructuración lineal de los textos es una convención impuesta para facilitar el proceso de lectura y de escritura(7), la recepción no está sujeta al mismo orden (la memoria o el conocimiento enciclopédico, por ejemplo, no responden a este esquema).

Con la irrupción de los nuevos medios de comunicación (el hipertexto, el correo electrónico, el *chat* o los mensajes de teléfono) hemos pasado a una nueva fase, la tecnológica, en la que se vuelve a conceder mayor importancia a la inteligencia simultánea, especialmente a aquella que proporciona conocimiento a través del oído y de la visión no-alfabética (los jóvenes son el testimonio más explícito de esta inversión en el proceso del conocimiento). Frente a la dualidad cognitiva de la escritura que comentaba *supra*, los nuevos medios hipertextuales(8) responden perfectamente a la configuración de nuestro modelo cognitivo: por ejemplo, en un hipertexto funcionamos con enlaces (palabras o imágenes) que sirven de conexión semántica entre conceptos relacionados de manera no-lineal(9).

de ellas pueda ser declarada con toda seguridad la principal; los códigos que moviliza se perfilan *hasta perderse de vista*, son indecibles (el sentido no está nunca sometido a un principio de decisión sino al azar); los sistemas de sentido pueden apoderarse de este texto absolutamente plural, pero su número no se cierra nunca, al tener como medida el infinito del lenguaje”.

(9)

No obstante, ambos modelos son procesos complementarios: aunque el hipertexto nos obliga a seleccionar enlaces para continuar la lectura, esta selección ya se ha hecho previamente en el proceso de escritura lineal, porque escribir también supone una selección de posibilidades y no únicamente una sucesión de palabras.

(10)

La revitalización se registra especialmente en los usos más fácticos que informativos a que destinamos el móvil, por ejemplo; estos usos incluyen algunas fórmulas necesarias, como las que aseguran el contacto entre emisor-receptor o las preguntas sobre el estado del canal y la recepción del mensaje (“no hay cobertura”, “me estoy quedando sin batería”, “hay interferencias”); pero también, indicaciones “topológico-organizativas” no siempre necesarias (“acabo de llegar”, “estoy en el aeropuerto”, “estamos pasando Toledo”).

(11)

En el diálogo *Fedro* (275 a-278 a), Platón arremete duramente contra la escritura por varias razones: a) “producirá en el alma de los que la aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose a la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos (...) No es, pues, el elixir de la memoria, sino el de la rememoración, lo que has encontrado. Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos; porque, una vez que hayas hecho de ellos eruditos sin verdadera instrucción, parecerán jueces entendidos en muchas cosas no entendiendo nada en la mayoría de los casos (...)”. “Lo terrible en cierto modo de la escritura, Fedro, es el verdadero parecido que tiene con la pintura: en efecto, las producciones de esta se pre-

Desde luego, el paso a esta nueva fase tecnológica no es irrelevante porque supone -salvando mucho las distancias- una vuelta a los tiempos en que la cultura era fundamentalmente oral y visual. Si la invención de la imprenta implicó el paso de un público de oyentes a un público de lectores, con el consiguiente cambio en el proceso de recepción colectiva hacia el consumo individual, la enorme cantidad de estímulos auditivos y visuales que nos ofrecen los nuevos medios ha hecho que la visión alfabética, y su soporte más típico, el texto, pierda parte de su primacía. No es fácil exponer las razones que han desencadenado este cambio, pero sí son significativas algunas de sus manifestaciones: las primeras cartillas de lectura para preescolares se basan en imágenes, los libros clásicos “se leen” en series de dibujos animados o en el cine, nos enviamos mensajes electrónicos contruidos con emoticonos (ya en movimiento) y apoyados en una gramática oral-visual, ilustramos profusamente los trabajos escolares con imágenes y dibujos ofrecidos por los programas informáticos (porque todos podemos ser hoy impresores); en suma, nos desenvolvemos en un universo icónico cada vez más amplio y universal que nos informa, prohíbe o recomienda; incluso de las páginas Web, el texto de los textos en nuestra época, decimos que “se diseñan”, pero nunca que se escriben.

Quizá en consonancia con la recuperación de esta inteligencia secuencial, más natural que la impuesta por los procesos convencionales de la escritura, los nuevos medios de comunicación(10), han revitalizado la actividad del habla, si bien favoreciendo en unos casos (cuando no potenciando en otros) la ausencia de finalidad específica(11): los correos-basura que recibimos, los denominados correos “de oficina”, los *chats* (oralidad escrita) y los mensajes de teléfono son una auténtica explosión universal de elocución que comparte con el habla (y esto es lo curioso) su mismo carácter efímero. Y al igual que la escritura suplía con los signos de puntuación y la invención de la sintaxis las modalidades del habla, los nuevos medios suplen esta carencia con una sintaxis especial acorde con su inmediatez y su ausencia de objetivo y con una revitalización sin precedentes de los signos gráficos a través de los emoticonos(12).

En cualquier caso, lo interesante es destacar que en estos nuevos tiempos impuestos por la fase tecnológica, lo escrito y lo hablado tienden a fusionarse o, por lo menos, a ensombrecer cada vez más sus fronteras. Así, aunque los medios informáticos son escritos, tienden a imitar situaciones de habla real y, de hecho, es frecuente utilizar términos como “oralidad escrita” o “ciberhabla”. El habla, hasta hace poco tiempo relegada al nivel de la conversación informal, ha recobrado una inusitada importancia convirtiéndose en uno de los canales más utilizados para transmitir información y conocimientos, como lo fue en parte en sus orígenes. De esta forma, lo oral comparte con el texto escrito un estatus de *auctoritas* que en épocas precedentes solo correspondía a este último. No obstante, aunque parezca que los nuevos medios potencian el habla (esa “vuelta a los orígenes” que mencionaba) las condiciones necesarias para el “hablar” se han incrementado demasiado: para que una conversación normal fluya adecuadamente, tanto el emisor como el receptor han de compartir una serie de informaciones que los pragmáticos han dado en llamar “enciclopedia mental”, pues comprende tanto los presupuestos que se generan en el diálogo como una buena dosis de conocimiento del mundo y de las condiciones contextuales en que se desarrolla la conversación. Ahora bien, en esta sociedad de la información y del conocimiento, la enciclopedia mental que nos prepara para ser sujetos sociales activos se ha ampliado hasta límites cada vez más exigentes: no podemos enviar SMS si no sabemos cómo hacerlo, no podemos enviar e-mails si desconocemos las reglas básicas del protocolo y difícilmente partici-

sentan como seres vivos, pero si les preguntas algo mantienen el más solemne silencio. Y lo mismo ocurre con los escritos: podrías pensar que hablan como si pensarán; pero si los interrogas sobre algo de lo que dicen con la intención de aprender, dan a entender una sola cosa y siempre la misma. Por otra parte, una vez que han sido escritos, los discursos circulan todos por todas partes, e igualmente entre los entendidos que entre aquellos a quienes nada interesan (...)" ; c) frente a la escritura, Platón reivindica el discurso hablado, el "discurso del que sabe, discurso vivo y animado, del cual el discurso escrito podría llamarse justamente la imagen".

(12)

En el *New Hacker's Dictionary* (http://www.drbbbs.com/jsw/jargon/jargon_20.html) se define "emoticono" como: "An ASCII glyph used to indicate an emotional state in email or news. Although originally intended mostly as jokes, emoticons (or some other explicit humor indication) are virtually required under certain circumstances in high-volume text-only communication forums such as Usenet; the lack of verbal and visual cues can otherwise cause what were intended to be humorous, sarcastic, ironic, or otherwise non-100%-serious comments to be badly misinterpreted (not always even by newbies), resulting in arguments and flame wars [...] The first two listed [se refiere a los creados por Fahlman] are by far the most frequently encountered. Hyphenless forms of them are common on CompuServe, GEnie, and BIX. On Usenet, 'smiley' is often used as a generic term synonymous with emoticon, as well as specifically for the happy-face emoticon.

paríamos en un *chat* sin un entrenamiento mínimo de las convenciones del género (piénsese que antes, para hablar, no se exigían estos requisitos técnicos). Por consiguiente, a pesar de que la gama y disponibilidad de los conocimientos es muy amplia, esto solo es una ventaja para quien es capaz de adquirirlos. Si no se poseen, si no se sabe cómo alcanzarlos o, simplemente, si alguien se niega a hacerlo, pueden verse afectados hasta los comportamientos sociales más simples. Y una prueba de ello es que la tradicional distribución del conocimiento ha invertido el papel de los "viejos" y de los "jóvenes": ahora son los jóvenes los que saben "cómo hacer" las cosas, son los expertos o los "tecnológicamente alfabetizados". Esta inversión mediada por la revolución del *software* ha modificado también la propia consideración del conocimiento: en la sociedad tradicional el conocimiento no está distribuido ecuánimemente (por tanto, solo es controlable por expertos), es selectivo (solo determinadas cosas, solo en determinados foros) y se almacena en enormes bibliotecas o, en su defecto, se conserva en la memoria; en la sociedad "del conocimiento" las bibliotecas se han convertido en "bancos de datos" o en listas Web, siempre abiertas, sin horario; el conocimiento no es controlable (¿cuántas páginas Web existen?, ¿tienen todas el mismo grado de credibilidad?, ¿se contrastan las informaciones que se "cuelgan"?) porque no existe físicamente (además, aparece y desaparece) y por la misma razón deja de ser selectivo: no hay foros específicos de transmisión de este conocimiento porque cada uno puede fabricarse su página y no hay expertos, sino más bien un "mirar cómo se hace" o "mirar cómo hacen los demás". Es cierto que este conocimiento es más abundante y, tal vez, mejor conservado, pero no es tan accesible como pudiera parecer porque requiere superar la barrera de un *software* cada vez más complejo (aparece tecnológicamente mediado, pero también -no lo olvidemos- económica y políticamente condicionado).

Pero en el fondo, la comunicación de la era tecnológica reproduce metáforas muy parecidas a las que ha generado la cultura tradicional vinculada a la visión alfabética del libro: en esta última, la escritura era una técnica (una *techné*) en manos de escogidos (los escribas), que son los que "sabían cómo hacer". Además, dejando al margen esta vertiente más práctica, la escritura se asociaba con la religión, lo sagrado, el poder y también con la ciencia y las técnicas más avanzadas, como la medición del tiempo, tan importante para garantizar la eternidad del texto escrito; por ejemplo, entre los sumerios existía la creencia de que la escritura provenía de Nabu, dios de las ciencias; para los egipcios, el inventor fue Thot, "maestro de las palabras divinas", representado unas veces bajo la forma de un ibis y otras como un babuino (apenas reconocible en Rafiki, el protagonista sabio, también el único que traza signos proféticos, de la película "El rey León" de Disney); en China la invención es obra de Fohi, dios del comercio e inventor de la cronología; entre los mayas, se atribuye al dios Itxamná, creador del calendario; la primera mención a la escritura hebrea se encuentra en el *Libro del Éxodo* y las tablas que recibe Moisés nos obligan a pensar en su origen divino.

La comunicación informatizada también nos exige un entrenamiento dificultoso para acceder al *nivel superior*, casi *divinizado*, de la Red; que concebimos platónicamente la Red como un nivel elevado lo demuestran las expresiones "colgar", "subir" o "bajar" documentos, música o imágenes o la más coloquial "estar enganchado", "estar colgado". También la Red refleja -icónicamente- la metáfora del mundo como libro (recuérdese la imagen del globo terráqueo como símbolo de Internet), la antiquísima metáfora "palabra-luz-faro-guía" que aparece desde la Biblia (como recoge el icono de Netscape) o la del libro como

viaje (en los navegadores Explorer y Netscape se dibuja una línea que circunda el icono). Hay otras metáforas, quizá más veladas, pero no menos sugerentes, que reflejan lingüísticamente nuestra concepción de los dos medios: por ejemplo, el orador que bebe agua para que fluya el ritmo del discurso no está muy alejado de la imagen moderna de la navegación en Internet.

Intuitivamente, seguimos concibiendo el libro como un espacio cerrado y protegido, una unidad inmodificable que “se abre y se cierra”, de ahí que digamos “adentrarse”, “enfrascarse” o “ensimismarse” en la lectura (porque el proceso de lectura es individual, recordemos) o, coloquialmente, “en tal libro viene”, “lo he sacado de tal libro”. El texto de un libro es responsabilidad del autor al que pertenece, y solo él puede ejercer su derecho a modificarlo, rechazarlo e incluso destruirlo. Al lector alfabético solo le cabe la posibilidad de leerlo o interpretarlo, aunque esta interpretación es inmaterial, porque realmente el “cuerpo” del texto no se toca (no en vano la hermenéutica nació en relación con los textos sagrados) y, si se hace “sin permiso” del autor, se comete el grave delito de la violación textual. Que el texto es un cuerpo es evidente, aunque no nos percatemos de ello: los libros se cuentan por volúmenes, en un texto distinguimos el encabezamiento del pie, los libros tienen lomo y también se someten a determinadas “modas” gráficas (los tipos de letra o las comillas, por ejemplo) y, aunque todos podemos interpretar, los únicos especialistas médicos que tienen la facultad de diseccionar son los hermeneutas. Pero no fue siempre así, pues anteriormente existían textos abiertos, creados por múltiples autores (13).

Sin embargo, Internet es un espacio abierto del que “entramos” y “salimos”. La metáfora de la navegación, por ejemplo, es una buena muestra de este carácter no cerrado, de superficie, y una imagen de la ausencia de límites y fronteras, así como de lo imprevisible (en consonancia con el carácter abierto de estos textos): el lector se convierte en un elector (*e-lector*, jugando con el nuevo prefijo) de itinerarios porque la acción de la lectura es una interacción (14); de hecho, las páginas Web son “sitios” o “lugares” que ofrecen un “mapa de navegación” para deslizarse sobre textos-no-textos, leídos por partes e indefinidamente abiertos por su calidad de virtuales (“*virtualis*”, “ser en potencia”) (15). Basta con situar el cursor en cualquier posición del texto para poder modificarlo e introducir todo tipo de interpolaciones, aun cuando no sean del propio autor del texto (piénsese en las páginas Web que se descargan, se convierten en documentos -cortando y pegando- y se modifican). Es, desde luego, un cambio radical de la imagen de paternidad responsable del autor. Como lo es también el proceso de lectura, modificado no sólo por la mediación de la pantalla o el formato que tenga la página, sino porque en la mayoría de los casos se incluyen informaciones visuales, sonidos y animaciones (hipermedias) que no pueden procesarse únicamente con nuestra inteligencia secuencial. Aunque nuestro “ojo alfabético” estaba acostumbrado al formato estrecho, a la parcelación de un texto en líneas, el simple hecho biológico de que nuestra visión sea apaisada, modo prototípico de las imágenes, facilita la “lectura” simultánea de las páginas Web (con columnas de anchos distintos e imágenes intercaladas).

Así, si vemos más que leemos, si ojeamos más que hojeamos (nunca una hache fue más discriminatoria), es indudable que el retroceso de la visión alfabética ha de modificar sustancialmente las estructuras de pensamiento y los procesos cognitivos.

Ya hemos dicho antes que la escritura, además de fijar los textos, afectó a la propia estructuración de las lenguas. Como afirma Ong (1993), tenemos tan interiorizada la escritura que ya no la sentimos como una tecnología (artificial frente al habla) y, por tanto, no podemos percibir su influencia, pero sus efec-

(13)

En la Edad Media el texto se concebía como una entidad susceptible de desarticulación, lejos de la idea de autoría única y de obra acabada, como lo demuestra la actividad de los compiladores, comentaristas y traductores, que incluso tenían derecho a alterar el texto con añadidos o cortes. La invención de la imprenta, sin embargo, estableció la idea de autor único con derechos sobre su obra.

(14)

Ahora bien, no olvidemos que esta interacción determina que la información que obtengamos sea siempre parcial y condicionada por las elecciones (itinerarios) previas.

(15)

Que sean textos virtuales (“en potencia”) no significa que sean ficticios. Lo potencial no es real, pero tiene otro tipo de existencia.

tos son comparables a los que el ordenador ha generado en esta fase tecnológica. La secuencialidad de la escritura alfabética, por ejemplo, permitió el nacimiento de la lógica y del pensamiento científico. La invención tipográfica de los signos de puntuación permitió, además, distinguir turnos de palabra, citas o la expresión de los estados de ánimo. Pero la fase tecnológica ha desencadenado una inquietante paradoja: vivimos en un mundo alfabetizado y, pese a ello, las personas que escriben y leen en los soportes tradicionales son cada vez menos. Tenemos la convicción de que una imagen vale más que mil palabras, pero mil imágenes pueden provocar una ceguera lingüística de desinformación. ¿Estamos desandando el largo camino de la escritura a favor de la visión simultánea? No conozco ninguna cultura que haya invertido el recorrido que condujo de los pictogramas a los alfabetos porque, si bien los primeros eran fáciles de asimilar por su motivación, la simplicidad numérica de los segundos y, sobre todo su carácter convencional, permitió el desarrollo de la abstracción. Hoy nos rodeamos de iconos, y una persona mínimamente “iconizada” debe manejar miles de imágenes para desenvolverse con naturalidad en el entramado social: señales de tráfico, iconos de la barra del menú en el ordenador, iconos de guías de viajes, iconos informativos, prohibitivos, iconos comerciales, logotipos que ya son habituales y se asocian a empresas y productos, indicaciones sobre cómo lavar la ropa, instrucciones de manejo, hasta las indicaciones de los baños públicos exigen en muchos casos un aprendizaje. Claro que esta “forma icónica de leer” tiene indudables ventajas: permite una lectura rápida y simultánea en algunos casos en los que la escritura alfabética supondría un problema (por ejemplo en los carteles de información de las autopistas); de hecho, en las épocas de analfabetismo constituyeron el medio didáctico más idóneo, medio que todavía está presente tanto en las cartillas de iniciación a la lectura alfabética como en la barra de herramientas de un ordenador (la papelera, el sobre para indicar correo, el icono de la agenda, la impresora, etc.). Es en estos casos donde una imagen puede valer más que mil palabras.

Pero no siempre su lectura es fácil: los mensajes que transmiten algunos iconos solo se interpretan de manera inductiva pues, aunque guardan semejanza con el objeto representado, implican un acuerdo cultural previo que los aproxima a los símbolos. Ejemplos de este tipo son la “casa” para indicar “página principal” o vuelta a la pantalla anterior, la guindilla para señalar “noticia importante o urgente” en el correo, o los prismáticos para encontrar “información detallada” en la red. En otros iconos la imagen y el significado no son idénticos, pero se asocian metafóricamente, como la ambulancia para representar “ayuda técnica”. No dudo de la eficacia de estos iconos, casi universales, pero no hay que olvidar que, si bien la repetición y el aprendizaje de los mismos es fundamental, en ocasiones ni siquiera es garantía de univocidad. A veces la misma iconicidad genera una ambigüedad o una polisemia que puede resolverse contextualmente (16): por ejemplo, en el programa de navegación de Netscape la señal de stop significa “detener la búsqueda”, mientras que en el programa de correo de Macintosh significa “eliminar mensaje”. Pero no siempre el contexto es suficiente: la lupa de la barra de herramientas “traduce” los contenidos de ‘buscar’, ‘vista preliminar’, ‘vista previa de la página Web’, ‘mapa del documento’ y ‘diccionario’. Esta polisemia se elimina textualmente, pues hay que yuxtaponer a la lupa (y, por tanto, leer secuencialmente) la imagen que aparece en segundo plano (documento con líneas para “vista preliminar”, documento sin líneas para “mapa del documento”, bola del mundo para “vista previa de la página Web” y libro para “diccionario”; aún así, puede no estar suficientemente claro y cada vez que se señala el icono se abre un mensaje escrito para deshacer la posible ambigüedad de las imágenes, lo que demuestra que la eficacia de los iconos es

(16)

Por “contexto” entendiendo el conjunto de iconos que maneja un determinado programa.

limitada. Por otra parte, y en el caso de que los iconos fueran lo suficientemente claros, la duplicidad de lenguajes (escrito e icónico) resultaría redundante y tan solo contribuiría a la “contaminación” visual de la pantalla; por tanto, no es de extrañar que se reclame cada vez más una “ecología del sentido” (Frutiger 1981). Si la naturaleza semiótica del icono (simultánea) es muy distinta a la del enunciado escrito (secuencial) cualquier intento por “gramaticalizar” la estructura de la imagen para convertirla en sustituto del lenguaje escrito está condenada al fracaso.

Por esta razón, el crecimiento de las informaciones que nos llegan a través de imágenes no debería ir en contra de la escritura y de la lectura, pues sería un grave error pretender la sustitución de un procedimiento por el otro (igual que el alfabeto no ha sustituido a la lengua oral, como temía Platón, sino que la ha potenciado de manera extraordinaria). Presuponer que la imagen acabará con el alfabeto como sistema de transmisión del pensamiento implica aceptar todos los puntos oscuros que tuvo su imposición en culturas orales o ágrafas o aceptar su función discriminadora en situaciones coloniales en las que la elite alfabetizada que colaboraba en el proceso colonizador disfrutaba de grandes beneficios frente a una gran mayoría que no manejaba este sistema. Y la revolución tecnológica puede caer en un error colonialista semejante si, pese a vivir en una cultura alfabetizada, el número de analfabetos tecnológicos empieza a ser preocupante. Lo más acertado es suponer que, a pesar del temor de unos o de la euforia de otros, estas actividades -que fueron complementarias desde su invención- mantendrán sus espacios, quizá en competencia, pero podrán coexistir indefinidamente.

3. Homo virtualis: Red habeo, ergo sum

Cuando hace ya más de diez años comencé a estudiar el uso de la escritura en los mensajes cortos de texto, aventuraba que todavía veríamos otras nuevas modalidades de hibridación de códigos comunicativos, como efectivamente ha puesto de manifiesto el fenómeno imparable de las redes sociales (*tuenti* para los adolescentes o *facebook* para los usuarios adultos) (17); la versatilidad de estos canales, sobre todo, la posibilidad de incluir un chat (seleccionado y filtrado para “amigos”), una galería de autoexposición fotográfica (que, además, puede comentarse: “a fulanita le gusta”) y todo tipo de enlaces (música, películas, blogs, juegos, videncias, test “psicológicos”, etc.), ha conseguido desplazar en poco tiempo el éxito que disfrutaban las salas de chat del *Messenger*. Advertía también en aquellos primeros trabajos del peligro de un uso descuidado (y por descuidado entiendo “fuera de su contexto”) del código SMS, especialmente entre aquellos usuarios para quienes “escribir como se habla” podía convertirse en un dogma disfrazado de un falso ropaje contracultural; y he elegido cuidadosamente el sintagma “dogma disfrazado” porque no de otra manera puede interpretarse atendiendo a los “mandamientos” que circulan impresos y en la Red desde hace ya un tiempo; por ejemplo, la prestigiosa revista *Wired* publicó en 1997 un diccionario (*Jargon watch. A pocket dictionary for the jitterati*) (18) en el que se recogen varios principios del comportamiento en Internet; entre estas prescripciones merecen un comentario especial las dedicadas a la escritura: a) “en *Wired* escribimos chiflado y en el lenguaje de la calle (...) celebramos el uso coloquial”; b) “‘Haga crecer el lenguaje’. Esto supone dar la bienvenida a los neologismos, simplificar la ortografía, evitar las mayúsculas”; c) “Dé la bienvenida a la incoherencia (...) Juegue con la gramática y la sintaxis”.

(17)

Facebook fue creado originalmente en 2004 para apoyar las redes universitarias, pues los usuarios del sitio estaban obligados a proporcionar las direcciones de correo electrónico asociadas a las instituciones educativas. Este estricto requisito lo convirtió en un modelo de comunidad demográfica cerrada; en la actualidad, sin embargo, cualquier usuario de Internet puede acceder. No obstante, a diferencia de otros SRS, los perfiles de *Facebook* sólo son accesibles a otros usuarios del sitio. Tiene 150 millones de seguidores (3,5, en España). Es la Red más utilizada por los mayores de 30 años para relacionarse con amigos, recuperar los perdidos o crear grupos para compartir aficiones, como el cine o la música. La Red *hi5* (más de 80 millones, el 40% de habla hispana) es la más utilizada por los adolescentes para compartir música. Por último, hay que mencionar *Tuenti* (4,5 millones), la única Red española y la más utilizada por los adolescentes y los universitarios para intercambiar información o para organizar las “quedadas”.

(18)

Branwyn, G. (1997). El curioso nombre “jitterati” significa, según el autor, “Fear and anxiety associated with not knowing the latest jargon, acronyms, and buzzwords of the Digital Revolution”; *cfr.* <http://www.sigpc.net/v3/n2/index.htm>

Desde entonces se han publicado numerosos decálogos de cibermaneras en los que poco a poco se observa, además, un significativo cambio respecto a la configuración de nuestra identidad como locutores en la Red, como muestra el ejemplo siguiente:

Relájate en cuanto a la gramática y la ortografía. Tus errores y gazapos no van a trascender, no saldrán del ámbito privado, aunque contribuirán a la impresión que tendrán de ti -bueno, de tu identidad virtual- en esa comunidad. (Benítez, 2008: 67)

Desde luego no pretendo pecar ahora de apocalíptica, porque nunca estuve totalmente integrada, así como tampoco me parece adecuado (por ingenuo e injusto) descargar el peso de la culpa en los medios; sí me parece preocupante, sin embargo, el cambio (y aún no me atrevo a adjetivarlo) que estamos experimentando en nuestra identidad como *homo loquens*. Porque ya no hablamos, nos comunicamos, y en esa comunicación, en tanto que mediada virtualmente, tenemos más papel como personajes que como personas. Ya se ha advertido repetidas veces (y sin éxito) de los desastres cognitivos y lingüísticos que provocan las distorsiones ortográficas de esta nueva escritura *oralizada*, pero el fenómeno de las Redes (especialmente las usadas por adolescentes) lleva aparejadas consecuencias más preocupantes. La más inmediata (porque implica el reconocimiento del alcance del problema) es la tipificación de los usuarios mediante etiquetas.

Hemos asistido en cuestión de pocos años al nacimiento de la denominada “generación del pulgar”, un curioso (y hasta simpático) sintagma que ha dado nombre a un procedimiento “instrumental” de comunicación mediante la pulsación de teclas con el dedo pulgar. Las Redes, sin embargo, han forjado la generación “Yo S.L.”, un nuevo tipo de jóvenes que *están* en el mundo real, pero *viven* en Internet y *diseñan* su vida y sus amistades virtuales como si de una empresa se tratara. Y allí, en ese espacio inexistente, se fraguan personalidades y relaciones que ofrecen una gran verosimilitud, *se gestionan* contactos y amistades y se está expuesto a los ojos de cualquier espectador, pues en estas Redes lo que prima es la necesidad de volcar al exterior el propio mundo interior para autoafirmarse y reconocerse. La cuestión es que ese reconocimiento no proviene del entorno familiar o amistoso, sino de la audiencia, de forma que “no importa tanto quién seas, sino qué se dice en la Red de ti y cuántos amigos y contactos tienes porque, si no se te conoce en Internet, no existes”. De esta forma, la imagen que los jóvenes se construyen ante los demás es imprescindible para su definición, tan imprescindible que necesita, en muchos casos, ser falseada para ganar visitas (esto es, la aceptación de los demás).

He subrayado expresamente en el párrafo anterior *diseñan*, *viven* y *gestionan* porque son los términos metafóricos que mejor representan el cambio experimentado, hasta el punto de que algunos sociólogos han acuñado el neologismo “falsa extimidad” para dar cuenta de este giro en el comportamiento socio-comunicativo. Ahora bien, una parte importante de la construcción de esta nueva identidad virtual pasa, al igual que en la vida real, por la asignación de un nombre:

Lo que escribes y lo que los miembros sepan o crean saber de ti a través de tus mensajes desarrollará una parte de tu identidad. Hablarán de ti, querrán o no conocerte en persona, te recomendarán o te criticarán, mientras de manera natural dispersan esa opinión en sus redes fuera del propio grupo. Las barreras entre lo virtual y lo *offline* son difusas. El mundo “real” consulta internet para obtener información de alguien, para saber quién es (Benítez, 2008: 80).

(19)

Aunque el texto es una parte fundamental para moldear la identidad virtual de los usuarios, Yus (2010: 58) señala que “la evolución de los diferentes soportes de interacción por la Red ha producido un creciente peso en las fuentes de identidad basadas en la imagen (por ejemplo los *photoblogs*), el sonido y el vídeo (ej. la *web cam* o *You Tube*), y en las combinaciones multimodales de texto e imagen, cuya repercusión en las identidades de los usuarios exigirá en breve una nueva orientación en los estudios sobre la identidad virtual”.

(20)

Algunos estudiosos sugieren que no es cierto que se produzca una duplicación de la personalidad en función del espacio real/virtual sino que, en realidad, se trata más bien de ofrecer una *imagen* diferente y, por tanto, algunos usuarios dividen su identidad en física/virtual; *cfr.* Netwitz (1995); véanse también los estudios de Turkle (1994, 1996, 1997, 1998, 1999). Otros autores (Jones 1997) sugieren una división del “yo virtual” en tres modalidades: 1) *yo* (persona que se sienta frente al ordenador en el mundo real); 2) *meta-yo* (presentación del yo en el medio virtual; puede coincidir con el yo real o ser una versión que el usuario modifica); 3) *yo-metaficcional* (manifestación de una parte del yo en un entorno ficticio (como *Second Life*, por ejemplo). Para Yus (2001; 2010: 56-58) “en la actualidad se tiende a una hibridación o amalgama de interacciones físico-virtuales con la persona como nodo de intersección de las mismas. Esta tendencia posee un claro correlato en las identidades, que se funden y solapan en los diferentes escenarios físico-virtuales. [...] para muchos usuarios de Internet las identidades virtuales pueden llegar a ser una alternativa válida (más que una identidad añadida) a las que se obtienen y moldean en entornos físicos, o incluso pueden llegar a llenar el vacío de la identidad física, como se observa en el testimonio recogido en (Welford 1999: 54): “En realidad, antes no tenía una vida social, pero, ahora que tengo una, no salgo de mi habitación”.

(21)

Desde la publicación de la *Semántica* de Ullmann, el nom-

La cita anterior es suficientemente ilustrativa, pero no es el único aviso para navegantes desorientados. “En Internet somos porque el otro nos percibe”, escribe Neus Arqués (2007: 72); vuelve el viejo Berkeley “esse est percipi”. Por esta razón, cuando nos relacionamos con otros mediante el chat de las redes tenemos (al menos algunos tienen) la imperiosa necesidad de construir un personaje cuyo nombre, que en muchos casos encierra una pequeña y colorida historia, como veremos en los ejemplos, es nuestra primera carta de presentación, pues no hay contacto visual (19). Paradójicamente, esta modalidad de conversación se entabla con otras personas que nos serán más o menos agradables en función de su apariencia escrita (primero mediante el *nickname* y luego el texto), pues el único indicio que los participantes de un chat tienen del otro (salvo que se utilice una *web cam*) son sus palabras. Pero, como estas palabras no necesariamente han de corresponderse con quienes somos realmente, funcionamos con una especie de pacto o “suspensión de la credibilidad”, una delgadísima convención sobre la que se sustentan los intercambios virtuales con personajes fingidos o reales (20).

Con ansiedad unos y con jolgorio otros, millones de personas participan cada noche, cada día en un gran baile de máscaras en Internet, intercambiando compañía, disfrazados con los más diversos trajes, interpretando roles estereotipados. Hombres exitosos, ricos, viriles, fuertes, valientes, inteligentes, sinceros, trabajadores, simpáticos, leales y mujeres hermosas, delgadas, sensuales, osadas, ardientes, tímidas, recatadas, enamoradizas, cariñosas, independientes interpretan a aquel que el otro, quien sea, desea encontrar. Desinhibidos detrás del teclado y la pantalla, construyen una realidad (de ficción) llena de amistad y de amor siempre renovados, en la que muchas veces no faltan los desaires, las insolencias, las decepciones y los enojos propios de las relaciones humanas. (Levis, 2006: 149)

Frente al nombre propio que, en líneas generales, puede funcionar referencialmente (21) como un designador rígido (“Ha llamado Ana”) o connotativamente (“Ana es Lady Gaga”), los apodos (tradicionales) están más próximos a la función connotativa. La mayoría de los estudiosos coincide en definirlos por su capacidad para mantenerse en el tiempo (se transmiten de padres a hijos) y conservar la memoria de la cultura en la que se generan y a la que pertenecen (dicha capacidad de almacenamiento de datos, cultura y saberes está íntimamente ligada al origen de la escritura, de ahí que puedan ser considerados elementos de metaescritura).

Es de sobra conocido el poder mágico y sobrenatural que en algunas culturas tienen los nombres propios, hasta el punto de que muchos temen decir sus nombres a extraños, “pues el nombre es parte de su ser y tratan de evitar que los demás tengan poder sobre su persona al estar en posesión del nombre” (Veres, 2003: 1037). Pero el nombre no es el único medio que utilizan los miembros de una sociedad para manifestar su singularidad; en las sociedades sin escritura, por ejemplo, además del código lingüístico, universo verbal y cimientado de la memoria colectiva, es usual emplear otros códigos visuales (ornamentos, escudos, máscaras, marcas, pinturas) que permiten afirmar tanto la singularidad, como la integración del individuo en la estructura social. (Véase el número monográfico de *Langages*, 66, junio de 1982).

Esta doble posibilidad (escrita y visual) de la asignación del nombre propio nos permite comprender la razón por la que, en las sociedades con escritura, el nombre propio ha dado lugar a dos modos diferentes de autenticación individual -el sello y la firma- que, además, han aparecido en ese orden en los procedimientos de validación documental. El sello requiere, como la máscara o la

pintura, una identificación visual cuya responsabilidad recae en el lector/interlocutor; y la firma, la intervención física del autor, garante y responsable por su propia mano de la fiabilidad del documento. El campo de los apodos o *nicks* de los chats se comporta, en parte, como una sociedad ágrafa (tanto los escritos como los *nicks* son más visuales que textuales) cuya marca de autenticación es una especie de sello (el diseño de nuestra personalidad virtual), con la salvedad que no siempre existe la posibilidad de discernir la autoría responsable de lo que leemos pues los sellos, en su cualidad de máscaras, pueden ser tan efímeros como una conversación. También parece obvio mencionar aquí que la estrecha relación entre el nombre propio (impulsor de la técnica jeroglífica) y las narraciones a él asociadas dieron lugar al nacimiento de la autobiografía en el Egipto faraónico; recuérdese que entre las diferentes formas de vida eterna en las que creían, la más accesible era la supervivencia en la memoria colectiva de la posteridad (Assmann, 1983). En el terreno de los chats sería más apropiado hablar de una *multibiografía* que de una *autobiografía*, o mejor (aunque el término no acaba de convencerme), de una *polivirtuografía* (eso sí, sin garantía de eternidad), pues existimos en tanto nos visitan y cada uno de nuestros contactos y entradas construye nuestra esencia virtual.

Por último, en China el nombre es también una forma en la que se manifiesta claramente la asociación entre lo escrito y lo oral; escribir un nombre supone un complejo proceso para lograr la armonía entre sonoridades, significaciones y forma gráfica:

El nombre oficial de un chino se compone del nombre de familia, seguido del nombre personal, *ming* [...]. Los nombres de familia son pocos -algunas centenas- y constituyen una lista cerrada. Los nombres personales son innumerables, formados libremente a partir de los elementos básicos del vocabulario [...] están cargados de significaciones y son muy maleables. (Alleton, 1998: 71)

El *ming* o nombre personal no se hereda, sino que es el padre quien lo crea para cada ocasión y lo impone; pero en todos los casos (salvo en los nombres femeninos, que suelen reflejar nombres de flores o piedras preciosas) el sentido de las palabras utilizadas es muy importante. Por ese motivo, una persona puede cambiar su *ming* a lo largo de su vida si piensa que así puede rectificar su destino, si pretende adaptar su nombre a un nuevo medio social o a la atmósfera política del momento o si con el cambio puede evitar homonimias desagradables. En la elección de los *nicks* también se busca una combinación de sonoridad, significado y forma gráfica, si bien su función escapa de la esfera meramente personal y se convierte en un reclamo comunicativo para los otros; es decir, el *nick* se diseña (y se cambia cuantas veces se quiera, pero por razones mucho más prosaicas que las que justifican el cambio del *ming*) no para reflejar como somos, sino para reclamar ser vistos.

Así como necesitamos un nombre (que ha de pasar por el Registro Civil) para ingresar en la sociedad, es indispensable poseer un *nick* para poder entrar en la sociedad virtual del chat. Nuestro bautizo virtual comienza con la elección de un apodo (*nickname* o *nick*) que muchos usuarios también registran porque “es establecer algo así como unos derechos exclusivos [...] legalizarlo, [...] inscribirlo en un registro civil local.” (Mayans, 2002: 31). A diferencia del proceso de asignación del nombre propio (por vía familiar, generalmente paterna) y del apodo (asignación sociocultural, histórica, o psicológicamente motivada que proviene de “otros”), los *nicks* suelen elegirse voluntariamente (son una autoasignación, a menos que la página que aloja el chat los asigne aleatoriamente) porque, al fin y al cabo, constituyen la identidad del usuario, su carta de pre-

bre propio se ha definido por su carácter distintivo respecto a la unicidad del objeto representado; en este sentido, ha sido considerado una clase intensiva sin valor connotativo en la mayoría de los casos (1987: 81-90). No obstante, como ya señaló Jespersen (1947: 214), en algunas culturas el nombre propio se asocia al mundo de lo mágico, lo totémico o lo prohibido. La bibliografía sobre el nombre propio es extensísima, por lo que me limitaré a sugerir algunas referencias interesantes: Recanati (1993), Rivas Monroy (1996), Powell (1998), Cuartas (1998).

sentación en el espacio virtual. En este sentido, pueden proporcionar información sobre una serie de supuestos que la persona en cuestión desea comunicar, como su descripción física, su estado de ánimo, sus aficiones o su marca grupal (22). Esta elección es fundamental para el éxito de la sesión, pues un *nick* llamativo (esto es, “ostensivamente comunicativo”) es un reclamo para abrir, posibilitar o truncar la interacción textual (función fática del lenguaje), aunque sea una primera toma de contacto metalingüística (23). Así, frente a la relativa estabilidad de los apodos tradicionales que describen en su asignación defectos o situaciones jocosas, los *nicks*, por el contrario, suelen hiperbolizar cualidades o rasgos positivos, aunque también encontramos disfemismos abiertos que proliferan incluso entre las direcciones de correo que algunos alumnos envían a los profesores: kalentorro18@, putadenoxe@, lakachonda92@, tokamelosgüevos@.

Sin embargo, el *nick* sirve en la mayoría de las ocasiones para ocultar la verdadera identidad; de hecho, puede cambiarse cada vez que se inicia una sesión de chat o incluso en la misma sesión, como si de un cambio de vestuario se tratara, pues son tan efímeros como las conversaciones que sustentan. De hecho, existen páginas específicas para “diseñar” *nicks* con consejos, caracteres y adornos de todo tipo (24) (he respetado la ortografía y las erratas del texto de presentación):

¿Estas aburrido de usar el mismo nombre en el Menssenger ? te doy una opción mas de impactar a tus amigos o contactos . Ahora puedes usar este “Constructor de Nicks” para que dejes sorprendidos a tus amigos de la lista: 1) Da un Click en los caracteres que se te hagan más para tu ultra cool nick name (sobrenombre). 2) Cuando ya encuentraste tus garabatos y estas satisfecho con la construcción del Nick name da click en el boton Copiarlo , también podras cambiarlo en la barra de abajo. 3) Ahora lo que vas hacer es irte al Messenger MSN y cambiarte el nick name, pegas el nick construido y le das aceptar. 4) Para pegar el nick constriudo es cuestion que le des (CTRL + V) y despues OK ;) http://www.mundo-descargas.com/Constructor_de_Nicks.htm

(22)

En Danet (1998) se analizan diferentes apodos y la información que de ellos se desprende.

(23)

Según Yus (2001: 37) el *nick* ostensivo se relaciona con “la primera hipótesis que cumple el principio de relevancia (esto es, que aporte un máximo interés a cambio de un mínimo esfuerzo de procesamiento), es la que el oyente ha de elegir, desestimando, a la vez, otras posibles interpretaciones que ofrezcan un peor equilibrio entre el interés que suscita y el esfuerzo de procesamiento que exige.”

Otros *nicks*, sin embargo, parecen meramente informativos, aunque la frontera entre uno y otros sea más bien difusa; ejemplos informativos: cacereña, FiLoLoGia, cuartocurso, sevilla24, etc.

(24)

Véase, por ejemplo, http://www.galeon.com/zona-msg/creador_de_nick.htm o http://www.mundo-descargas.com/Constructor_de_Nicks.htm

En otras páginas se ofrece incluso la posibilidad de “traducir” nuestro *nick* a idiomas más o menos fascinantes que aportarán a nuestro simple nombre un toque de supuesto exotismo gráfico:

Elfic : ꝥƆƆƆƆƆƆ

Hacker : (4rm314

Mandarino : cƆƆƆƆƆƆ

Digital : ƆƆƆMƆƆƆ

Trademark : ©ƆƆƆƆƆƆ

BrEeZaH : CaRmEIA

En su obra *Linguistik der Lüge* (1966; reeditada en el año 2000) Weinrich escribió “Alle Lügen sind sprachliche Aussagen. Die Sprache denkt für uns und lügt für uns” (2000: 37); afirmación que hoy más que nunca recuerda la reflexión de Wittgenstein (1953: 20) “die Bedeutung eines Wortes ist sein Gebrauch in der Sprache”. Apañados estamos ante tanta zafiedad. Pero, a fin de cuentas, como dice U. Eco (1981: 31): “si una cosa no puede usarse para mentir, en ese caso tampoco puede usarse para decir la verdad: en realidad, no puede usarse para decir nada”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Aguirre Romero, J. M.^a** (1997). "El futuro del libro". *Espéculo* (5) [<http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero7/sistemal.htm>]
- **Alleton, V.** (1998). "El nombre propio en China entre escritura y oralidad", en Christin, A. Mié. *El poder del nombre propio. Su escritura y significado a través de la historia de diferentes culturas*. Gedisa, Barcelona, 2001, 71-79.
- **Arqués, N.** (2007). *Y tú, ¿qué marca eres?* Alienta Editorial, Barcelona.
- **Assmann, J.** (1983). "Schrift, Tod und Identität", en Assmann, J. y Hardmeier, Ch. (comps.). *Schrift und Gedächtnis: Beiträge zur Archäologie der literarischen Kommunikation*. München, 64-93.
- **Barron, N.** (2001). *Alphabet to Email: How Written English Evolved And Where It's Heading*. Routledge, London.
- **Barthes, R.** (1970). *S/Z*. Éditions du Seuil, Paris.
- **Benítez, M.** (2008). *Cibermaneras. Comunicación, cortesía y consejos de convivencia en la Red*. Ediciones Gestión 2000, Barcelona.
- **Borgmann, A.** (1999). *Holding on to reality. The nature of information at the turn of the millennium*. The University of Chicago Press, Chicago.
- **Branwyn, G.** (1997). *Jargon watch. A pocket dictionary for the jitterati*. HardWired, San Francisco.
- **Brown, P. y Levinson, S.** (1987). *Politeness: Some Universals in Language Usage*. Cambridge University Press, Cambridge.
- **Casagrande, C. & Vecchio, S.** (1987). *I peccati della lingua*. Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma.
- **Craig, D.** (2003). "Instant messaging: the language of youth literacy", *The Boothe Prize Essays*, <http://boothepriize.stanford.edu/0203/PWR-Boothe-Craig.pdf>
- **Crystal, D.** (2002). *El lenguaje e Internet*. Akal Cambridge, Madrid.
- **Cuartas, J. M.** (1998). "The name's motives", <http://www.bu.edu/wcp/Papers/Lang/LangCuar.htm>
- **Curtius, E. R.** (1948). *Literatura europea y Edad Media Latina*. F.C.E., México, 1981.
- **Danet, B. et al.** (1998). "'Smoking dope' at a virtual party: Writing, play and performance on Internet Relay Chat", en S. Rafaeli, F. Sudweeks y M. McLaughlin (eds.). *Network and Netplay: Virtual Groups on the Internet*, MIT Press, Cambridge.
- **Díaz Barrio, G.** (1995). *Motes y apodos*. Valladolid.
- **Eco, U.** (1976). *Teoría de semiótica general*. Lumen, Barcelona, 1977.
- **Escandell, M.V.** (2006). *Introducción a la pragmática*. Ariel, Barcelona.
- **Faerman, J.** (2009). *Faceboom. Facebook, el nuevo fenómeno de masas*. Alienta, Barcelona.
- **Frutiger, A.** (1981). *Símbolos, signos, marcas y señales; elementos, morfología, representación y significación*. Gustavo Gili, Barcelona.
- **Ginzburg, C.** (1989). *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Gedisa, Barcelona.
- **Goody, J.** (1985). *La domesticación del pensamiento salvaje*. Akal, Madrid.
- **Goody, J.** (1990). *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Alianza, Madrid.
- **Gubern, R.** (1996). *Del bisonte a la realidad virtual*. Anagrama, Barcelona.
- **Iglesias Botrán, A. M.^a & Filardo Llamas, L.** (2007). "Los chats como factor de cambio lingüístico en la lengua francesa" *Interlingüística*. (17), 503-509.
- **Illich, I.** (1991). *In the Vineyard of the Text*. The University of Chicago Press, Chicago.
- **Jespersen, O.** (1947). *Humanidad, nación, individuo desde el punto de vista lingüístico*. Revista de Occidente, Buenos Aires.

- **Krautgartner, K.** (2003). "Techniques d'abréviation dans les webchats francophones" *Linguistik online*. (15), 3-30.
- [http://www.linguistik-online.com/15_03/krautgartner.html]
- **Kripke, S.** (1972). "Naming and Necessity", en D. Davidson y G. Harman (comps.). *Semantics of Natural Language*. Riedel, Dordrech, 253-355.
- **Landow, G. P.** (1995). *Hipertexto. La convergencia entre la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Paidós, Barcelona.
- **Leroi-Gourham, A.** (1964-1965). *Le geste et la parole I (Technique et langage). Le geste et la parole II (La mémoire et les rythmes)*. Albin, Paris.
- **Levis, D.** (2006). "Sobre Chat, máscaras y otros asuntos sobre el amor en Internet", en García Carrasco, Joaquín (Coord.). *Estudio de los comportamientos emocionales en la red* [monográfico en línea]. *Revista electrónica Teoría de la Educación: Educación y Cultura en la sociedad de la información*. (7/2).
- [http://www.usal.es/~teoriaeducacion/rev_numero_07_02/n7_02_diego_levis.pdf]
- **Maldonado, T.** (1998). *Crítica de la razón informática*. Paidós, Barcelona.
- **Mayans i Planells, J.** (2002). *Género chat o cómo la etnografía puso un pie en el ciberespacio*. Gedisa, Barcelona.
- **Nelson, TH. H.** (1981). *Literary Machines*. Swarthmore, Pa.
- **Newitz, A.** (1995). "Surplus indentity on-line", [<http://bad.eserver.org/issues/1995/18/newitz.html>]
- **Ong, W. J.** (1993). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. F.C.E., México.
- **Palazzo, G.** (2005). "¿Son corteses los jóvenes en el chat? Estudio de estrategias de interacción en la conversación virtual" *Revista TEXTOS de la CiberSociedad*. (5/5) [<http://www.cibersociedad.net>]
- **Powell, G.** (1998). "The deferred interpretation of indexicals and proper names" *UCL Working Papers in Linguistics*. (10), 143-172.
- **Recanati, F.** (1983). "La sémantique des noms propres" *Langue Française* (57), 106-118.
- **Recanati, F.** (1993). *Direct Reference*. Blackwell, Oxford.
- **Rivas Monroy, M. U.** (1996). "Nombres propios: Realidad y mundos posibles", en J. M. Pozuelo Yvancos y F. Vicente Gómez (eds.). *Mundos de ficción*. Universidad de Murcia, II, 1319-1326.
- **Rocco, G.** (2001). "Un estudio del establecimiento de relaciones íntimas medidas por computador. El caso de IRC en Internet" *Revista TEXTOS de la CiberSociedad*. (1/1) [<http://www.cibersociedad.net>]
- **Rueda, J. J.** (2009). "To chat or not to chat? He ahí la función metalingüística" *EDUTEC, Revista Electrónica de Tecnología Educativa*. (28) [<http://edutec.rediris.es/revelec2/revelec28/>]
- **Ruiz, E.** (1992). *Hacia una semiología de la escritura*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid.
- **Sartori, G.** (1988). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus, Madrid.
- **Simone, R.** (2001). *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*. Taurus, Madrid.
- **Tejada Tello, P.** (2006). "A propósito de los nicks en el chat" *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid
- [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/nicks.html>]
- **Torné, E.** (2001). "La mirada del tipógrafo" *Litterae*. (1), 147-178
- **Turkle, S.** (1994). "Constructions and reconstructions of self in virtual reality: Playing in the MUDs" *Mind, Culture, and Activity* (1/3)
- [<http://web.mit.edu/sturkle/www/constructions.html>]
- **Turkle, S.** (1995). *La vida en la pantalla*. Paidós, Barcelona, 1997.
- **Turkle, S.** (1996). "Who am We?" *Wired* (4/1) http://web.mit.edu/sturkle/www/pdfsforstwebpage/ST_Who%20am%20we.pdf

- **Turkle, S.** (1998). "Repensar la identidad de la comunicación virtual" *El Paseante* (27/28), 48-51.
- **Turkle, S.** (2011). *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*. Basic Books, New York.
- **Ullmann, S.** (1987). *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Aguilar, Madrid.
- **Veres, L.** (2003). "Sobre el nombre propio: alias y apodos en las noticias del terrorismo" *Revista Latina de Comunicación Social*. (55), 1033-1042.
- **Welford, H.** (1999). "Net-aholics anonymous" *The Guardian*. [<http://www.guardian.co.uk/technology/1999/sep/30/onlinesupplement1>]
- **Yus, F.** (2001). *Ciberpragmática. El uso del lenguaje en Internet*. Ariel, Barcelona.
- **Yus, F.** (2010). *Ciberpragmática 2.0. Nuevos usos del lenguaje en Internet*. Ariel, Barcelona